

Desmenuzando unos textos empapados de vida

Con el Domingo de Ramos en la Pasión del Señor, comienza la “**Gran Semana**”. Todavía pertenece a la Cuaresma, puesto que ésta concluye el Jueves Santo después de la hora de nona, pero ya se saborea el triunfo de la Pascua y la gloria del final. El itinerario que la ha precedido y preparado, ha sido una gran catequesis sobre la Alianza y su implicación en la vida de los fieles.

Contemplando el don de Dios

Es la semana más intensa y hermosa en la que, como creyentes, contemplamos la totalidad del don de la misericordia que Dios, en Jesús, nos ha dado. Descubrimos la naturaleza radical del amor que hace todo lo posible por salvar la obra de sus manos. Lo que se proclamará durante la celebración eucarística de este domingo, es una página larguísima del evangelio; personajes, historias, traiciones, fluirán frente a nosotros como si de una película se tratara y, entre ellos, también estamos nosotros, también estoy yo.

Es el misterio del monte Calvario que no se puede ver desde lejos. No podemos seguir esperando que otros traigan la vida. Para que haya resurrección debe haber muerte, como el pasado domingo lo celebrábamos en los misterios de la fe. El evangelio proclamado en aquel día, fue todo una declaración de intenciones.

La liturgia de este domingo cuenta con un himno de gran belleza. Se canta en la procesión de los Ramos y lleva por título **Gloria laus**. Es fruto de la rumia interior que llevó a cabo Teodulfo de Orléans (+810). En este poema encontramos esta sorprendente afirmación, aplicada a Jesús en el misterio de su entrada en Jerusalén: “*Ibas como va el sol a un ocaso de gloria*”. Poético comentario a la lectura primera.



Ocaso de gloria

Está tomada del libro de Isaías. En la segunda parte de este escrito profético, entre los capítulos 40-55, se encuentran cuatro poemas definidos generalmente como los cánticos del Siervo de Yavhé. En este día se proclama el tercero (Is 50,4-9).

Nos hará bien, en un marco de recogimiento, recordar las palmas que se agitan; dejar que el susurro que producen nos vaya como meciendo por dentro; volver a escuchar en nuestro interior el “hosanna”, que brota de los labios quienes reciben y acogen a Jesús que entra en Jerusalén. Será como un volver a revivir lo que hemos celebrado en la asamblea litúrgica de este domingo en el que, con palmas y ramos, hemos vuelto a aclamar a Cristo que se prepara para la culminación de su obra.

Se habla, en esta lectura primera, de un personaje anónimo. Se le llama siervo (עֶבֶד 'ebed) de Dios y se le confía una misión sorprendente. El término siervo hace referencia no sólo al quehacer de cualquier persona subordinada a un amo, como en el caso de Naamán (2 Reyes 5, 6), sino también al acatamiento de los planes divinos que piden, en este caso, “**decir al abatido una palabra de aliento**”. Es lo que llevará a cabo el Señor, pero no lo hará como espectador de la vida, sino en comunión con los sufrimientos que en ella se dan. Es esto

lo que hace que el dolor adquiera un valor redentor.

Un himno a la debilidad

Gilbert K. Chesterton (1874-1936) escribió que la paradoja atraviesa el tejido de la fe cristiana. La debilidad que surge del sufrimiento impuesto por la vida, en el cristianismo, se vive como un camino pascual en el que se siente la fuerza del cielo.

El apóstol Pablo, en la Segunda Carta a los Corintios (12, 9-10), escribe lo que podría definir como un himno a la debilidad :

“«Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad». Así que muy a gusto me glorió de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”.

No es un himno al sufrimiento, a las pruebas. Es toda una revelación. La debilidad puede ser una situación que si se **sabe vivirla con amor** (amando y aceptando ser amado), el poder de Dios alcanza su plenitud.

San Bernardo, que vivió momentos de humillación y fragilidad, incluso de miseria existencial, comprendió muchas cosas de la vida cristiana que antes no había entendido. Se dio cuenta, sobre todo, que en la debilidad se afina la relación con los demás y con Dios. Supo verdaderamente lo que es la gracia, la misericordia, y por eso llegó a exclamar: «¡Optanda infirmitas!», «¡**Oh debilidad deseable!**!». (Comentario al Cantar de los Cantares 25,7). Es la gracia que se ha de pedir en estos días de gloria.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 21,8-9.17-18a.19-20.23-24



8 Al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza:

9 «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre, si tanto lo quiere.»

17 Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies,

18 puedo contar mis huesos.

19 Se reparten mi ropa, echan a suertes mi túnica.

20 Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme.

23 Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré.

24 Fieles del Señor, alabadlo; linaje de Jacob, glorificadlo; temedlo, linaje de Israel.

El Domingo de Ramos lleva el sobrenombre de “*en la Pasión del Señor*”. El salmo 21 (22) nos ayuda a profundizar, en un clima orante, lo que en este día celebramos en comunión con toda la Iglesia.

Pertenece a la primera parte de cinco del libro del Salterio y se puede dividir en dos partes. La primera es un lamento (vv 2-22); la segunda parte (vv 23-32) está empapada en una profunda acción de gracias.

Lo que se nos muestra, de una manera dramática, es la muerte de Jesús en un ambiente de plegaria.

Cada uno de los evangelistas tiene su propia forma de compartirla. Para san Lucas, Jesús muere con unas palabras tomadas del Salmo 31: “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*” (Lc 23,46). Con una gran confianza entrega su vida al Padre y expira. Este texto se saborea el Viernes Santo.

Mateo y Marcos evocan el grito de abandono de Jesús como última palabra: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*”. Este salmo habríamos de rumiarlo a la luz de la pasión de san Marcos que en este año se nos propone. De este modo descubrimos, como fuente de gozo, que la cruz, como espacio de abandono por parte de Dios, es también la profecía de la salvación esperada que viene del cielo.

Jesús, en el segundo evangelio, lanza un grito de desamparo (v. 34) y emite el espíritu (v. 37). El centurión pagano, al verlo morir de esa manera, confiesa: “*¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!*” (v. 39).

Tras el grito de abandono y la emisión del Espíritu, se rasga el velo del templo que separaba al Santísimo de lo profano. Lo sagrado se abre hacia lo profano, hacia el mundo. El lugar donde el Hijo amado muere abandonado, Dios lo transforma para que pueda sentirse su presencia, como así aconteció cuando el centurión afirmó: “*¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!*”.

La muerte de Jesús en un profunda orfandad y su posterior resurrección, se convierten en signo de unidad y comunión para todos los pueblos de la tierra.

La escritora alemana Eva Zeller (1923-2022) escribió:

“¿Dónde moras, oh Dios?”...

En la experiencia de la distancia
es donde nos encontramos.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis Domingo de Ramos “B”



Un texto para guardar en la memoria del corazón

M Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los iniciados.

El Señor me abrió el oído; y yo no resistí ni me eché atrás: ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos.

El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.